

El poder de los poderes¹

EMILIO PASCUAL

Escritor

jcordon@usal.es



Cerdón García, José Antonio y Muñoz Rico, María (2023).

El poder de la lectura: geografías del libro, el lector y la edición en el ensayo y la literatura.

Marcial Pons. Colección Universidad y Lectura, 14.

Nadie ignora la desconfianza de Lichtenberg hacia los prólogos²: «Al prólogo se le podría llamar pararrayos», dijo. Pero este libro de José Antonio Cerdón y María Muñoz Rico es tan poderoso ya desde el título que no necesita ningún pararrayos, y menos de un simple aficionado a los libros y a la lectura.

Manguel nos llamó la atención sobre la lectura «como acto de poder y rebeldía». En un ensayo de ensayos tras la sugerente introducción, los autores de *El poder de la lectura* analizan el pasado, presente y futuro del libro, y recogen el título de Geoffrey Nunberg, *El futuro del libro: ¿esto matará eso?* Hubo un personaje de Victor Hugo, Dom Frollo, archidiácono pa-

risino de *Notre Dame de Paris*, que ya predijo de algún modo este título. Dom Claude Frollo, que barruntaba el derrumbe definitivo de la Biblia *pauperum* en piedra, había dicho: «Esto matará aquello. El libro matará al edificio». Y comenta el autor:

Era el presentimiento de que el pensamiento humano, al cambiar de forma, cambiaría también en la expresión, que las ideas capitales de cada generación no iban a tratarse ya del mismo modo ni a escribirse de la misma manera; que el libro de piedra, tan duro y perdurable, iba a ceder el sitio al libro de papel, más sólido y más perdurable aún. Quería decir: la imprenta matará a la arquitectura. [...] La invención de la imprenta es el acontecimiento más grande de la historia; es la madre de todas las revoluciones; es el modo de expresión de la humanidad que se renueva totalmente; es el pensamiento humano que se despoja de una forma para vestirse con otra; es, en una palabra, el definitivo cambio de piel de esta serpiente simbólica que desde Adán representa la inteligencia, (*Notre Dame*, Vol. 2, Cátedra, 1985, pp. 209 y 216).

¹ Para citar este artículo: Pascual, Emilio (2024). El poder de los poderes (reseña). *Álabe* 29

² El texto de Emilio Pascual ha sido publicado como Prólogo a la obra *El poder de la lectura: geografías del libro, el lector y la edición en el ensayo y la literatura*. Marcial Pons, 2023.

La nueva realidad social y técnica ha impulsado los estudios sobre el libro y la preocupación por su destino, ahora que los soportes apuntan formas hasta hace bien poco desconocidas e insospechadas. Los estudiosos han empezado a fijarse en «las virtudes y defectos de las prácticas de lectura y los nuevos medios». Hay estudios dedicados a la configuración del cerebro y la evolución de la especie humana debidas a la lectura: Sánchez Ferlosio diagnosticó que la lectura es la gimnasia del cerebro. Y eso que hubo un tiempo en que el grado de analfabetismo era tal que dio origen al lector de oídas, como la distancia a los enamorados clásicos. Recuérdese que uno de los grandes lectores del Quijote fue un analfabeto: el ventero Juan Palomeque el Zurdo, que aprovechaba la aparición de lectores ocasionales por la venta para regocijarse con los papeles que tenía en una maleta reservados como en un sagrario. La práctica de leer en voz alta para quienes no sabían hacerlo pervivió hasta bien avanzado el siglo XIX, y el éxito de los folletos se debió en parte a tales hábitos. Sabemos que Dickens fue un maestro consumado en el arte de leer sus propias novelas en voz alta.

El mundo del libro ha cambiado radicalmente desde aquellos libros ambulantes, como los llamaba Ortega, con el prodigioso rendimiento de su memoria para retener epopeyas enteras y muchos más versículos de los que podía premiar el pastor de *Tom Sawyer*. Hoy la memoria personal parecería menos necesaria ante la herramienta portentosa, pero no definitiva, y de algún modo aquejada de la misma vulnerabilidad. Si las bibliotecas pueden estar sujetas a incendios e inundaciones, la nube puede esfumarse como los pies del resucitado durante su ascensión al cielo. A este respecto es muy oportuna la cita de Marx («todo lo sólido se desvanece en el aire») que invoca Luca Ferrieri y recoge nuestros autores.

Pero es que además la ausencia de memoria implica también la infrautilización de la herramienta, porque, aunque no se conozca de memoria que en tal libro o autor se ha escrito lo que se busca o algo relacionado con ello, mal se puede encontrar lo que ni siquiera se sabe que existe. Es cierto que el libro impreso ayudaba a la memoria locativa, cosa que en el digital desaparece. Por eso el rendimiento de la técnica depende en buena parte del aprendizaje correcto de su uso. Los autores citan a Scolari, el cual constata que «por mi experiencia, en las últimas dos décadas he descubierto autores y obras de los que, si hubiera ido a una librería tradicional, nunca me habría enterado de su existencia». De esto mismo soy testigo porque, en el transcurso de la composición del *Libro de las bibliotecas imaginarias*, es altamente improbable que hubiera llegado a autores y obras que casi gozaban de la aureola de la ficción. *Sensu* contrario, es una herramienta peligrosa, porque manejada sin discreción puede conducir a los más hilarantes abismos de la simplicidad: nunca se ha citado tanto como hoy, pero nunca como hoy proliferan las citas falsas, los textos deturpados, las atribuciones erróneas o tendenciosas. Si en nuestra niñez el texto impreso era algo indiscutible ante el que hacíamos genuflexión reverencial, ahora esa sacralización se ha trasladado a la red, y lo que aparece en pantalla se reproduce alegremente sin verificación alguna.

Está ocurriendo, por ejemplo, con ese extraño prestigio del latín, ahora que ni se enseña ni se aprende. Hay autores que ni siquiera saben lo que es una declinación, pero sienten veneración por las divinas palabras, como aquel pueblo galaico ante el sacristán de Valle. Sabemos que «el mundo de la cita atraviesa la historia de la cultura escrita», según transmite Antoine Compagnon, como nos recuerdan

nuestros autores, y así no sorprende la búsqueda obsesiva en esa red de pescar incautos que es internet. Hubo un tiempo en que la cita era el *argumentum auctoritatis*, pues sabemos que el mismo aserto no tiene el mismo valor, o la misma *auctoritas*, si lo dice tu vecino que si lo proclama Aristóteles, como muy bien sabía el autor del *Filobiblión*. Por otra parte, la misma cita no siempre tiene el mismo significado, dependiendo del lugar y del contexto en que esté inserta. La cita interesada es frecuente y comprensible en el mundo de la *auctoritas*.

Volvamos la vista atrás. De pronto, al lado de aquellos ejemplares únicos y primorosamente miniados, apareció la imprenta. Si la imprenta fue un primer paso en el camino de la socialización de la lectura, internet ha abierto la socialización de la escritura. También es cierto que «la escritura desatada», sin filtros ni censura (en teoría), ha dejado «la literatura a la intemperie», por utilizar el título de Vicente Luis Mora. La sobreinformación genera rapidez y acaso superficialidad, frente a la lentitud y reflexión que reclamaba Kundera. El célebre *timeo hominem unius libri* ahora es prácticamente imposible. Y sin embargo sabemos que si uno tiene un libro de percha bien utilizada, es capaz de colgar de ella las variaciones musicales más inesperadas.

Algo, o mucho, hay de «rebaño digital». Algo, o mucho, de los síndromes de abstinencia, la ansiedad de estar desconectado de lo que ocurre ahí fuera. Sin embargo, es difícil ir contra el sentido de la historia, y tal vez también aquí haya que recurrir al paulino *omnia probate: quod bonum est tenete* (1 Tes 5,21). Quedarse con lo bueno es signo de inteligencia. Por lo demás, la historia nos ofrece algún aviso digno de consideración. No olvidemos que tampoco la imprenta se impuso sin resistencia, y todavía siglo y medio después de su

invención, don Diego de Saavedra Fajardo, ponderando las ventajas del manuscrito sobre el libro impreso, se quejaba del daño que producía a la república literaria la «estudiosa gula», de la cual —decía él— tenía «mucha culpa la imprenta, cuya forma clara y apacible convidaba a leer; no así cuando los libros manuscritos eran más difíciles y en menor número. Quizá por esto se aventajaron en las artes y ciencias los romanos, y los griegos más, porque estudiaban en menos» (Rep. lit., «Al lector»). Una cita que no necesita refutación ni comentario. Y nuestros autores recogen otra reflexión de Maryanne Wolf, que, sin ser complaciente, piensa que ni todo es desesperación ni todo está perdido: «Si actuamos sabiamente en esta encrucijada cultural y cognitiva, estoy convencida de que, como Charles Darwin esperaba para el futuro de nuestra especie, forjaremos circuitos cerebrales de lectura cada vez más elaborados y capaces de encontrar “infinitud de formas, las más bellas y portentosas”».

Y es que la mitificación tampoco resuelve mucho. Al fin y al cabo, la palabra libro es ambivalente, y lo mismo puede ser un objeto («una cosa entre las cosas», según la sentencia borgesiana) que un concepto, un mero soporte del contenido que se nos transmite. Pero sea una cosa o un ser vivo (¿por qué no aplicarle el *sunt lacrimae rerum* virgiliano?), sabemos que una de las razones de la prosperidad de la especie humana ha sido su capacidad de crear y entretejer ficciones, que pueden compartirse a distancia y por otros congéneres completamente ignorados y desconocidos. Se puede discutir o no si «imaginar una historia es hacer una reducción de la realidad», pero no podemos olvidar que, incluso en la fenomenología más exigente, el «estudio de los fenómenos» no puede prescindir de la conciencia que los percibe. Y sin necesidad de caer en el idealista *esse*

est percipi de Berkeley, es cierto que en definitiva los fenómenos pueden estudiarse porque se perciben y en tanto que se perciben. Lo cual no quiere decir que las ficciones, por el hecho de ser compartidas, sean siempre y necesariamente saludables para la propia especie.

Una de las percepciones de la obra inagotable de Córdón y Muñoz Rico es que el libro ya forma parte indisoluble de la ficción contemporánea. Christopher Morley, que deseaba que los libros circularan como la sangre por las venas de la nación, llamaba «ciudadela del delito» a la librería ambulante que paseaba en un carromato por las tierras de Estados Unidos, casi como Swedenborg cuando hablaba con los ángeles por las calles de Londres. He ahí el libro y las bibliotecas, que podrían resumirse en ese memorable deseo de VilaMatas en *Bartleby y compañía*: «Daría lo que fuera por poseer la biblioteca imposible de Alonso Quijano o la del capitán Nemo. Todos los libros de estas bibliotecas están en suspensión en la literatura universal, como lo están también los de la biblioteca de Alejandría, con esos 40.000 rollos que se perdieron en el incendio provocado por Julio César».

El poder de la lectura: geografías del libro, el lector y la edición en el ensayo y la literatura. Estamos ante un obra por momentos apasionante y adictiva como la mejor novela de aventuras. Por ejemplo, cuando cuenta las del recorrido desde las meninges del autor al libro impreso y «el debate en torno al complejo mundo del libro, la edición y la lectura». Aquí se narran los recuerdos de editores y librerías; los problemas de edición y las memorias editoriales, «cuando editar era una fiesta», o no tanto; cuando podía ser también una pesadilla, o cuando lo peor no tenían por qué ser los autores, los empresarios o los agentes de derechos; las relaciones de amor-odio de autores y

editores; los celos y envidias entre escritores; la tiranía de los agentes literarios y las ferias y congresos editoriales con sus «traiciones, falsedades, estafas, timos», según relata ese «avieso delator de las tramas que se ocultan tras de muchos éxitos editoriales» que es Martin Amis, en *Visitando a Mr. Nabokov y otras excursiones*; las librerías que condensan un mundo, quizá como el viejo τόπος del pequeño mundo del hombre; crónicas como la seminovelesca de *La librería más famosa del mundo*, de Jeremy Mercer, o el nombre de la de Edmond Charlot, «Las verdaderas riquezas», en alusión al libro de Giono en que propugna que «las verdaderas riquezas son la tierra, el sol, los arroyos y, finalmente, también la literatura». Hay que añadir el sabroso anecdotario de librerías y clientes, que es tan entretenido como inextinguible. Yo recuerdo el de aquel riguroso comprador que pidió los *Milagros de Nuestra Señora*, y cuando el librero, en su afán por la información exacta, añadió: «De Berceo», el cliente repuso con firmeza: «No, no; si no son de Nuestra Señora no los quiero».

El poder de la lectura es un libro poliédrico, de una riqueza tan inagotable como polivalente. Por supuesto que incide desde cada ángulo, y tiene muchos —no solo *in angulo cum libro*—, sobre la lectura y la relectura (a este respecto Vivian Gornik es evocada por las *Cuentas pendientes* con la lectura del pasado); recorre también la figura y tipología del lector, con su presencia y ausencia de la circunstancia: leer, según Pariser, es «un estado de trance que pone sordina al mundo exterior». Lo de que el libro acaba haciéndolo el lector no es nuevo. Ya Borges lo había añadido en el mismo lugar recordado más arriba, y, si recurrente, no por ello menos verdadero:

«Mientras no abrimos un libro, ese libro, literalmente, geoméricamente, es un

volumen, una cosa entre las cosas. Cuando lo abrimos, cuando el libro da con su lector, ocurre el hecho estético». En suma, es este un espléndido libro sobre el libro ya desde el título. Pero lo es al mismo tiempo de historia, sociología y estadística. Es un libro a su vez sobres lectores, autores de todo tipo y editores. No es este el lugar de transcribir el índice, pero sí el de sugerir al lector que empiece por él, porque no sólo es un indicador: es un sumario y un mapa.

Es además una antología de valor inapreciable, en la que no faltan textos que podrían figurar en cualquier antología del libro que se precie, como el ingenioso y humorístico *Decálogo del escritor* de Monterroso; o la clasificación de los libros de Italo Calvino ante un lector deciso o indeciso; o las razones para leer, de Antonio Basanta, como un acto de rebeldía, casi podríamos añadir como otro «panfleto contra el todo»; la inteligente glosa de *El infinito en un junco*; o, en fin, esa especie de manifiesto sobre la novela que defiende Francesca en *La buena novela* de Caussé.

Otra antología es la de las imágenes e ilustraciones, que, aparte de la galería que muestra y el estilo de diseñadores y editores, resulta una auténtica exposición de más de un centenar de cubiertas, a través de las cuales se hace un repaso de los aspectos teóricos y narrativos de los diseños y su repercusión en el lector. En este sentido, los autores exhiben una envidiable panoplia de cubiertas que casi te causan desazón porque querrías tenerlas todas en tu biblioteca, otro de los peligros que este prodigioso libro encierra. Un peligro, porque causan tal adicción que el lector querría ver más, cosa en la que —supongo— también el editor habrá debido poner límite y coto en algún sitio.

Es, finalmente, una amplísima, variada y selecta bibliografía comentada, que muestra la cultura de los autores, la calidad y cantidad de las múltiples lecturas que sustentan esta obra poderosa. En estos tiempos sin tiempo para la lectura pausada y reflexiva, es tanto más de agradecer cuanto que nos coloca ante los sucesivos espejos que reflejan nuestro deseo de absoluto y nuestra limitación para alcanzarlo. Y es también un guiño malicioso a Pierre Bayard, pues a su pregunta *Cómo hablar de los libros que no se han leído*, por mi parte la respuesta es muy sencilla: habiendo leído al menos este.

Este prólogo no pretende agotar la riqueza de este libro y apenas ha cruzado sus umbrales. Pero creo que ya se me ha ido la mano, olvidando el contundente anatema de Quevedo en otro prólogo, el de *El mundo por dentro*:

«Dios te libre, lector, de prólogos largos
y de malos epítetos».